

Laurent Mauvignier

Hombres

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Des hommes

© Les Éditions de Minuit

París, 2009

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la Culture-Centre national du Livre*

*Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Volker Straeter

Primera edición: enero 2011

© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7550-8

Depósito Legal: B. 43493-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Y tu herida, ¿dónde está?

Me pregunto dónde se encuentra, dónde se oculta la herida secreta en la que todo hombre corre a refugiarse cuando se atenta contra su orgullo, cuando se le ofende. Esta herida –que es también el fuero interno– es la que él llenará y colmará. Todo hombre sabe llegar a ella, hasta el punto de que esta herida acaba siendo una especie de corazón secreto y doloroso.

JEAN GENET, *El funámbulo*

Tarde

Pasaba de la una menos cuarto de la tarde y le extrañó que no recayeran sobre él todas las miradas, que no hubiera muestras de asombro por el esfuerzo que había hecho, por llevar chaqueta y pantalón conjuntados, camisa blanca y una de esas corbatas de escay que se estilaban hace veinte años y que todavía se encuentran en las tiendas de saldos.

Hoy dirán que no olía demasiado mal. No ironizarán sobre el hecho de que comerá de gorra ni sobre que por una vez no pondrá cara de presentarse como caído del cielo. Le llamarán Fuego de Leña, como siempre, y algunos recordarán que tiene un nombre auténtico tras la mugre y el pestazo a vino, tras la dejadez de sus sesenta y tres años.

Recordarán que detrás de Fuego de Leña se podría encontrar a Bernard. Esperarán que su hermana lo llame por su nombre, Bernard. Se acordarán de que no siempre ha sido el tipo que vive a expensas de otros. Lo observarán con disimulo, para no despertar su desconfianza. Lo verán con los pelos de siempre, amarillentos y grises a causa del tabaco y del carbón vegetal, con los mismos bigotes espesos y sucios. Y con los puntos negros en la nariz, esa nariz

picada, bulbosa, redonda como una manzana. Los ojos azules, la piel rosada, hinchada bajo los párpados. El torso robusto y ancho. Y esta vez, si se le prestara atención, se verían los surcos del peine en su pelo peinado hacia atrás, se adivinaría el esfuerzo por estar presentable. Incluso se diría que no ha bebido y que no tiene tan mala pinta.

Lo habíamos visto aparcar la Mobylette delante del local de Patou, como todos los días, y después dar un rodeo antes de cruzar la calle y entrar en la sala de fiestas para reunirse con su hermana Solange, que cumplía sesenta años y celebraba con todos nosotros, primos, hermanos, amigos, su pase a la jubilación.

No fue en aquel momento, sino horas después, como es lógico, una vez que hubo acabado todo y dejamos atrás la celebración de aquel sábado, y la sala de fiestas vacía, con sus olores a tabaco frío y a vino, los manteles de papel rasgados y manchados, y una vez que la nieve hubo acabado de recubrir fuera, en la losa de hormigón de la entrada, las huellas dejadas por todos los invitados al volver a sus casas extrañados de la velada, cuando también yo repasé cada escena, extrañándome a mi vez de tenerlas tan claras en la memoria, tan presentes.

Recordaría que en el momento de la entrega de los regalos lo había visto, un poco apartado, manoseando algo en el bolsillo de la chaqueta. Una chaqueta, además, que no le había visto nunca, pero que conocía. Quiero decir que nunca se la había visto puesta, una chaqueta de ante con un forro de lana que se veía en el cuello. Estaba descolorida y había tenido tiempo de pensar que había pertenecido a uno de sus hermanos, un hermano suyo y de Solange, que seguramente le regaló algunas prendas antiguas a cambio de ayudarlo, de meter en el garaje unas brazadas

de leña, incluso tal vez a cambio de nada, únicamente por regalar a su hermano prendas que él ya no quería.

Me dije estas cosas mientras lo miraba porque tenía todo el rato la mano derecha en el bolsillo y parecía manosear algo con ella, tal vez una cajetilla de tabaco, aunque no, claro que no, le había visto sacar y guardar el tabaco en el bolsillo trasero del pantalón.

La gente se había puesto a hablar más alto y a reír también, con una risa que se contagiaba de boca en boca conforme se oían los taponazos del espumoso y el chocar de los vasos. Solange había visto desfilar docenas y docenas de amigos, de conocidos, de rostros tan familiares como las fotos de la vitrina del mueble de su salón.

Vamos, Solange, hay que beber.

Y Solange había bebido.

Vamos, Solange.

Y Solange había sonreído, hablado, reído a su vez y luego casi habíamos olvidado que estaba allí, dejándola ir de un grupo a otro, porque se habían formado grupos según las afinidades y los conocimientos, y unos se desplazaban de uno a otro, y otros, en cambio, evitaban a los demás.

Yo no sé si ella evitaba acercarse a él, sabiendo que no podía pasar por alto la invitación, porque sé cuánto la temía ella, la temía más que la presencia de la Chouette y su marido, más que la de Jean-Jacques, Micheline y Évelyne, y otras. Pero la suya. La presencia de él. Fuego de Leña. Bernard. Ese malestar que yo había intuido en ella varias veces a causa de la culpa que sentía cuando se refugiaba en la cocina para no abrirle la puerta, cuando él bajaba hasta La Bassée y después de detenerse un rato largo en el local de Patou llegaba ante la verja gritando que quería a su

hermana, que deseaba ver a su hermana, que tenía que hablar con ella, es necesario, es necesario, decía, aullaba, hasta volverse a veces amenazador, porque nadie acudía y en todas las casas nuevas que había alrededor no resonaba más que el silencio y el vacío. Silencio y casas huecas como grutas en las que su voz parecía perderse, debilitarse, desaparecer, hasta que se resignaba y refunfuñaba todo el camino hasta la Mobylette, con la que iba a su casa u otra vez al local de Patou, donde acababa de ahogar la frustración de haber fracasado tomándose otro vaso, el último, para el camino, hasta que se dejaba convencer por Patou de que Solange tenía que trabajar, la gente tiene que trabajar, una mujer sola con hijos, ya me entiendes.

Y él terminaba diciendo sí, claro, lo comprendo, mi hermana que está sola, mi hermana y sus hijos. Bajaba los ojos y se ruborizaba por toda aquella injusticia, por todo aquel lío, decía a los clientes, a quienes querían escucharle, o más bien a quienes no tenían nada mejor que hacer que quedarse allí para oírle más que escucharle, a pesar de la voz de Jean-Marc que le sermoneaba con amabilidad, o la de Patou:

Sí, Fuego de Leña, lo sabemos, sí, Fuego de Leña, tu hermana, sí, es verdad, Fuego de Leña.

Y él, al marcharse, acababa escupiendo junto a la puerta, siempre en el mismo sitio, siempre tambaleándose, a dos dedos de desplomarse y sin desplomarse nunca, firme incluso en su forma de parecer digno de lástima, débil, moribundo hasta la médula.

Pero se trataba de su impaciencia. De aquella forma de sonreír. Una especie de hostilidad en su presencia, o de desconfianza, ya como siempre, incluso, sí, incluso una forma de condescendencia.

Es lo que siempre he dicho.

Incluso al verlo de aquel modo, más restregado que limpio, cuando todo su aseo acusaba el esfuerzo, el trabajo, el empeño en querer estar presentable.

Y aquella tarde lo observé largo rato. No sé por qué, pero mis ojos corrían hacia él. Y él no me veía. Lo vi cambiar unas palabras con Jean-Marcel, con Francis, lo vi sonreír a niños que no reconocía.

Y entonces, de súbito, se decidió.

Lo vi ponerse tieso, estirarse del todo y buscar con la mirada, esta vez muy abiertamente, no como hasta aquel momento, a hurtadillas, sino estirando el cuello y abriendo mucho los ojos. Tuve tiempo de ver que sacaba un objeto del bolsillo, demasiado pequeño para distinguirlo, para identificarlo. Apenas percibí una forma negra que engulló su palma. Cerró los dedos inmediatamente. El puño apretado, lleno, tirante y rugoso.

Y entonces avanzó. Y entonces llamó a Solange. Y entonces, andando hacia ella, la llamó cada vez más alto. Hasta que los demás se detuvieron un instante, lo miraron y se asombraron de su ímpetu, de aquel movimiento repentino y de su sonrisa, de su energía, y yo habría dicho que era más bien la fe de un iluminado (aunque tengo motivos para haber pensado así y haberlo visto de aquel modo), pero no era eso, era la alegría de un hombre un poco extraño y desfasado a quien no debía de gustarle estar allí y que ciertamente no habría acudido si no hubiera mediado la invitación de Solange. Quiero decir que no habría respondido a la invitación de un hermano o de cualquier otra hermana, de ninguno de ellos, con los que hablaba de tarde en tarde y cuyas escasas invitaciones, sin embargo, aceptaba a veces, pero sólo para agradecerles la donación de prendas usadas o porque necesitaba comer, porque pasaba hambre y el hambre le hacía salir de su casa.

Se apartaron para dejarlo pasar. Hizo falta cierto tiempo para que el asombro creciera y se interrumpiesen los movimientos, las miradas, las frases. Hizo falta tiempo para que los movimientos decrecieran y se estabilizaran. Hizo falta algo más que un gesto o una risa, hizo falta un grito.

No un grito de horror, de espanto. No. La voz que se quiebra con estupefacción, un impulso y algo contra lo que se estrella. Flotó un poco por encima de las voces y de la atención vuelta vagamente hacia él, hacia su movimiento y su voz, su ademán dirigido a Solange, pero aún no suficientemente insistente para que todos callaran y escuchasen.

Pero en cualquier caso alguien lo vio.

Y fue Marie-Jeanne la primera que lo vio, porque estaba cerca de Solange y en el momento en que él llegó a la mesa estaba ligeramente apoyada en ésta: con la mano en el borde de la bandeja, la palma sobre el mantel de papel, Marie-Jeanne quiso degustar otra de aquellas maravillosas tartaletas rellenas de anchoa o pasta de atún y tuvo que desplazarse, o volverse, poco importa, y lo vio de repente delante de ella, de tal modo que creyó que él ya estaba allí, la mano estirada con aquella cajita que no era negra, como yo había creído al principio, sino de un azul noche muy profundo, con un ribete dorado, para ella, para ofrecerle aquel regalo que ella no esperaba y que vio llegar en la gruesa mano callosa del hombre, de aquel hombre tan inesperado allí, delante de ella, tan temible que habría gritado de todos modos, aunque no hubiera tenido nada en la mano, aunque no hubiera estirado la mano ni el puño, y no digamos ya la cajita azul noche.

Sí, claro, hay que entender aquel silencio particular, algodónoso, y la nieve que volvía a caer, quizá el silencio

de los días de nieve, como si algo de aquel silencio entrase en la sala de fiestas. También habría podido decirse que pasó un ángel, pero aquello duró un instante demasiado breve. Porque Marie-Jeanne se repuso enseguida, se rehízo, se zampó una tartaleta y se echó a reír.

¡Ay, qué susto me has dado!

Sin que él se moviera ni dijese nada, porque ella había reanudado la risa burlona.

¿Te me quieres declarar?

Y todo el mundo estalló entonces en carcajadas, es decir, no todo el mundo, no, sólo los que estaban muy cerca y habían presenciado la escena, y pudieron testificar luego, cuando se hubo marchado, que todo se había consumado y terminado en aquel momento exacto. Porque él no rió en absoluto. Miró a Marie-Jeanne, su collar de perlas irisadas que destellaban sobre su abultado y generoso pecho, el vestido verde manzana de cuello vuelto, el cabello teñido con reflejos malva y gris ratón, y aquella boca que sonreía, que reía ahora que era él y no ella quien experimentaba asombro y estupefacción. Y él ni siquiera balbucía, ni una palabra delante de aquella mujer que reía y que buscaba con la mirada la complicidad de los demás, de Jean-Claude, su marido, que se había acercado al oír a su mujer y que seguía riendo, haciéndose el travieso, creyéndose gracioso, soberbio de repente, casi fanfarrón al repetir:

Ojo, colega, que te vigilo.

Cuando otras voces se oyeron después de la suya:

¡Eh, Fuego de Leña, más discreción, hombre!

¡Qué playboy está hecho este Fuego de Leña!

Ojo, colega, que te vigilo.

Y él no reía en absoluto mientras miraba a Jean-Claude, mientras oía las risas, ni mientras se volvía luego hacia Marie-Jeanne, cuyos rientes espasmos hacían saltar algu-

nas migas de tartaleta de atún sobre el verde manzana de su vestido.

Él hizo entonces un gesto, seco pero moderado, con el que cerró la boca y quizá incluso se mordió el labio bajo los poblados bigotes amarillos y grises. Pero no es seguro. No hubo certeza. Porque su rostro era como una máscara roja y abotargada, agujereada por dos ojos líquidos, de un azul velado de gris, de agua de lluvia; y ese velo no era de lágrimas, ese velo no era nada, todo Fuego de Leña no era más que un bloque de silencio que se retrajo, cerrando la mano sobre la caja azul noche.

Llegó Solange.

No, me confundo, quiero decir que se limitó a volverse hacia él. Sí, eso es. Estaba allí mismo. Estaba exactamente al lado. Y lo único que hizo fue darse la vuelta. Quitar, apartar la mano que apoyaba en el mantel. Volverse. Rotar y a continuación ver a su hermano, súbitamente ante ella.

Dejó transcurrir un instante antes de hablar. Porque, al principio, no cayó en la cuenta de que él se había acercado a ella para darle aquel paquete que no le había entregado en el mismo momento que los demás. Como si no debiera comportarse como los demás. No debiera mezclarse con los demás. Pero es posible que le esté atribuyendo intenciones ajenas a él. Porque no había desprecio, ni actitud soberana, ni modales de aristócrata tronado y desengañado. Puede que sólo fuese que quisiera reunirse con su hermana de una manera más íntima y menos solemne que delante de la mirada y el juicio de todos los invitados. Porque sin duda había pensado y creído –motivos no le faltaban– que los invitados juzgarían su regalo con más severidad que cualquier otro, dado que esta cuestión, ¿verdad?, surge al principio en el ánimo de unos y luego en el

de todos, que acaban preguntándose qué podrá ofrecer un tipo que no posee nada.

No tuvieron que esperar mucho.

Feliz cumpleaños, le dijo. Y la mano izquierda que partió hacia ella, los gruesos dedos rosados y secos, hinchados pero también lastimados, castigados por el frío y las faenas que hacía siempre sin guantes, asió de súbito la mano de Solange y la acercó hacia su otra mano. Como para que nadie lo viera.

Esta vez volvió a desearle feliz cumpleaños, pero sonriendo, con una voz tan débil y trémula que no se oyó bien, apenas se adivinó entre las que hablaban más lejos, las de los niños que gritaban jugando y corriendo, y las de las tres ancianas sentadas al fondo, en sillas de plástico gris, cerca de la calefacción, y que parloteaban tiritando. A continuación, silencio y asombro cuando Solange bajó los ojos hacia la caja, identificable por su formato pero también porque se podía leer en ella, en letras doradas, el nombre de la familia Buchet, joyeros-relojeros desde hacía dos generaciones.

Solange miró a su hermano sin atreverse a abrir la caja. Dejó en primer lugar que en su rostro se dibujara la incredulidad, que se extendió a cada uno de sus rasgos, imprimiendo en ellos su huella largo rato, muy profundamente. Un par de veces se aventuró a sonreír (incluso podría decirse que rió mientras miraba a los demás, a quienes tenía más cerca o, por el contrario, a quienes estaban un poco más lejos, como yo, situado detrás de un grupo de unos que habían suspendido todo movimiento, toda conversación, sosteniendo olvidados en la mano un vaso, un cigarrillo).

Bueno, ábrelo, Solange.

Creo que fue entonces cuando ella se dio cuenta de todo lo que había tenido que suceder para llegar al preciso instante de tener en la mano el estuche de la alhaja —pues era indudable que se trataba de una alhaja— que no se atrevía a abrir, porque sabía no lo que contenía sino las consecuencias, las dudas, los riesgos, el miedo incluso, estoy seguro, bastaba con oír, con ver, con mirar el silencio a la vez poroso y denso que atravesaba en la sala de fiestas el humo de los cigarrillos y el aliento de los invitados.

Él probablemente se preguntaba sólo si su regalo gustaría. Y su corazón debía de palpitar, de correr como loco ante aquella pregunta, únicamente ante aquella pregunta, cuando ya a su alrededor comenzaban a extrañarse, a cansarse de esperar, de decir, de preguntar, si no lo veo no lo creo, una joya, una joya, no puede regalarle una joya, cómo puede ofrecerle una joya, ella tiene que abrir la caja, tiene que mirar, no quiere porque sabe, sí, sabe lo que va a encontrar sobre el paño de terciopelo azul, sabe que tendrá que acallar su angustia y la pregunta que tendrá en la cabeza todo el mundo menos él, sólo él, cuya única pregunta ya no tendrá ningún sentido:

¿Te gusta?

¿Te gusta?

La pregunta ya en la punta de la lengua, bulléndole en la boca, lista para salir, en forma de murmullo, de ruego, pero por el momento sin otra cosa que la espera fija con que posaba sus ojos en ella, donde pronto no tendría que ver nada más que terror e incomprensión. Sin embargo, Solange titubeó. Hizo lo imposible por retrasar el momento. Por aplazarlo. Por no. No abrirla. No mirar dentro de la caja, sino tan sólo sonreírle a él y sonreír a su alrededor. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Recuperó el

aliento. Balbució el comienzo de algunas frases, agradecimientos avergonzados que no le dirigió a él, su hermano, sino a todos. Porque todos esperaban que hablase, que dejara de sonreír y de pronunciar frases vacías que no significaban nada:

No hacía falta, Bernard, no, no lo entiendo.

Y su rostro que palidece, su blanca piel por debajo del maquillaje pronto lívida, como si la sangre y la vida y las ideas y toda posibilidad de resistir ante él se le escaparan, se evaporasen o se enterraran en los pliegues de su cuerpo.

Bueno, ábrela, Solange.

Sí. Sí, sí, claro. Sí, naturalmente que voy a abrirla, tengo que abrirla, qué tonta soy. Este Bernard está loco, ¿eh? Está loco, ¿verdad? Es lo que faltaba. Yo. Yo.

Y ese momento de balanceo en su mirada cuando abre la caja y el broche queda al descubierto.

Un broche grande, de oro y nácar. Oro bruñido y con diamantes, realzado con un motivo floral en nácar.

Dudé ante un escarabajo que me gustó mucho, dijo como para defenderse por adelantado o explicar la elección que había hecho. Como te gustan tanto los broches, pensé que te gustaría, añadió.

Ella respondió con un gesto de la cabeza, con cierta precipitación, casi con pánico en los movimientos faciales.

Y pudo verse que con la mirada buscaba alrededor de ella una especie de ayuda, la energía, la fuerza de una respuesta, de una solución; pero en los rostros que la rodeaban se desplegaba la misma pregunta.

¿Cómo ha podido?

¿Cómo es posible, con qué dinero?

Él, que no tiene un céntimo y vive a costa de los demás, de todos los que le rodean, cuyas miradas iban del

broche a él y de él al broche, después del broche a ellos, entre ellos, miradas que planteaban las mismas preguntas y dejaban ver ya la misma estupefacción, ya la cólera.

Solange se quedó sin decir nada, en realidad conmovida, no sólo petrificada, o aturdida, o turbada, sino también y quizá en principio conmovida, creo yo, es lo que creo, aunque en aquel momento pensé que tenía miedo, un miedo titubeante, vago, confuso, vinculado más bien a que no tardaría en llegar el momento, en hacerse presente el momento de decidirse y mirar en su mano la cajita azul noche cuyo broche no se atrevía a coger.

Cógelos, Solange. Póntelos.

Sí, sí, claro.

Yo me había acercado, estaba ya junto a él, muy cerca. Percibía el olor, aquella mezcla de jabón, de aseo riguroso que había tenido que arrancarle la piel y las costras. Y aquel olor indefinible de las personas sucias, aquella suciedad persistente, acre y agria, el tufo anisado a orina.

Y vi los dedos trémulos de Solange cuando asieron el broche. Se volvió para dejar la caja en el mantel. Se quitó el broche que ya llevaba, en forma de laurel, y volvió a mirar el otro una vez más. Un rato largo. Después, alternativamente, mirando a su hermano. Después a su alrededor, emitiendo una risa un poco idiota, cloqueando casi para ocultar que estaba sonrojándose, en realidad ahogando, un poco, las palabras y la estupefacción que encubrían. Se prendió el broche donde había llevado el otro. Y allí lo dejó, tengo que darte un beso, acercó el rostro al de su hermano y se besaron.

Entonces te gusta. ¿Verdad que te gusta?

Sí, claro que me gusta.

Solange respondió con voz entrecortada, su verbo cada vez más falso, sin convicción, como si su principal deseo fuera terminar lo antes posible, que cada cual se marche, que Fuego de Leña se vaya, que no se hubiera presentado, que ella no tenga ya que vivir este momento ni la mentira de aquel *claro que sí* en el que no ha creído, no más que los otros, los que estábamos a su alrededor como habríamos podido reunirnos alrededor de un fuego no para buscar su calor ni su luz, sino únicamente atraídos por la crepitación de un pequeño drama, una historia que contar, la anécdota de un sujeto sin blanca que regala a su hermana, delante de todos los que alguna vez le han dado una limosna, un broche que ninguno de los presentes habría tenido nunca medios suficientes para regalar a nadie.

Y los ojos de Solange que han buscado a su alrededor un auxilio que no llega, pues todos los presentes se dan cuenta de pronto de que tienen en las manos un cigarrillo que encender o que apagar, un vaso medio vacío que llenar enseguida, a menos que se trate de lo contrario, de vaciarlo aprisa, de un trago.

Porque Solange persistió, brevemente. Las lágrimas ya no la ahogaban, sólo un apuro terrible, monstruoso, que crecía en su garganta como ahora, en sus ojos, la incomprensión. Y él que se echó a reír, sí, al principio, a reír, sus manos se deslizaron en los bolsillos y luego una se puso a acariciar los bigotes como para atusarlos, para pegarlos a la boca antes de que la mano se hundiera en el bolsillo trasero y reapareciera con una cajetilla de Gitanes. Y aquel aire tímido que adoptó para responder a su hermana antes incluso de que ella dijera nada.

No te preocupes por eso.

Bernard. Vale una fortuna.
Ya te digo que no te preocupes por eso.
¿Cómo lo has pagado?
¿Te gusta?
Ésa no es la cuestión.
¿Cuál es la cuestión?

Y de súbito, digamos, la emoción. Ese desbordamiento que le contraía el vientre y contra el cual luchaba ella con todas sus fuerzas. Dejó de bloquear la voz y se echó a reír de un modo un poco agudo, un poco exagerado, según me pareció a mí. En resumen, no fue sólo que su risa fuese exagerada. Fue también su forma de ponerla en escena, porque ella sabía muy bien lo que todo el mundo comenzaba ya a preguntarse y a comentar, por lo pronto con las miradas, con la modificación de las voces y el movimiento de los codos, una mano que se posa sobre un brazo, una boca que esboza una mueca dubitativa, reticente, una cabeza que oscila con aire entendido, y con los visajes, cejas arqueadas, frentes fruncidas, gestos y signos que cada cual prolongaba para que otros los viesan.

Nicole me miró, tuve tiempo suficiente para comprender que quería intervenir, sin saber bien cómo, sin saber tampoco nada al respecto.

Y aquello prosiguió durante unos instantes.

La Chouette, con su abrigo abotonado hasta el cuello, la rubia cebellina polvorienta y sin brillo, que ha acudido para presentar batalla, no para pedir explicaciones, no todavía, ni ella ni Évelyne, es decir que, por el momento, los primeros se han acercado para ver, para mirar más de cerca, una hermana, Évelyne, y una cuñada, la mujer de Jean-Jacques (este último tal vez en el fondo indiferente, apartado, próximo a la cocina, hablando con Pingéot y

Chefraoui). Las dos se han acercado. Después Marie-Jeanne. Solange me miró de lejos. Yo también me acerqué. Nicole, en cambio, retrocedió.

Me quedé allí, demorando la mirada en la espalda de quienes yo veía avanzar ahora, aproximándose a Solange sin osar todavía hablar o balbucir lo que ya debían de tener en la punta de la lengua, y pronto ocurriría lo mismo con los otros, con los que se habían acercado y que ya estaban allí, muy cerca, muy interesados, los hermanos y las hermanas, los cuñados y las cuñadas –pero no los amigos, no los conocidos, no los demás, los de paso, cuya presencia no era la que más se esperaba–, y vi que Solange vacilaba llevándose las manos al broche y luego retirándolas decididamente, pretextando algo, no sé qué, nada, tal vez nada, no le pega con aquel jersey, es demasiado bueno, sí, demasiado bueno para aquel jersey, estás loco, Bernard, de oro, y a continuación cómo, con qué dinero.

Y entonces la Chouette se dirige hacia Fuego de Leña, lanzándole una mirada asesina:

Es bueno, ¿no?, es bueno, sí, sí lo es, tú tienes que saberlo.

Luego Évelyne, casi sollozando, con voz vibrante de súplica:

Nosotros te hemos ayudado todo lo que hemos podido, y tú, ¿cómo, cómo puedes?

Y él entonces, ya sin sonreír, irguiéndose:

Es de Solange. Es para Solange, no es asunto de nadie más.

Mucho después, al final de la tarde, con los gendarmes y el alcalde, instalada en la trastienda del bar, Patou, que se había sentado a una mesa y fumaba cigarrillo tras

cigarrillo, como no sabía que algún día pudiera hacerlo por Fuego de Leña, contaría que éste había llegado al bar después del episodio del broche.

Lo que dijo: no lo entendía. Realmente había querido obrar del mejor modo posible, hacía semanas que pensaba en el regalo. En realidad ya le había hablado de él, contaría Patou. Pero como siempre, le había dejado hablar y había espolvoreado sus parrafadas, para acompañarlo, de leves *sí* que ni siquiera se oían.

Sí, Fuego de Leña. Un broche, sí. Fuego de Leña. Tu hermana se pondrá contenta, sí, está bien, sí, un broche, estupendo.

Enjuagando vasos y sirviendo en ellos a unos y a otros, a trabajadores que almorzaban o a los jóvenes del billar, sólo para amenizar su soliloquio.

Sí, Fuego de Leña.

Pero sin prestar verdadera atención en el momento en que había dicho que había ido a la joyería, al establecimiento de Buchet.

El señor Buchet en persona salió del cubículo en que trabajaba, porque su mujer lo llamó inmediatamente, antes incluso de que Fuego de Leña hubiera franqueado la puerta, pues había esperado hasta que vio salir a la cliente que había dentro, y obviamente sin que todavía hubiese despegado los labios.

Se quedó allí sonriendo un instante demasiado largo, estrujando el gorro con las manos, con una actitud demasiado idiota o infantil, aunque era demasiado fornido, y su rostro, su cuerpo, demasiado toscos para que se pensara en la infancia, con aquel jersey calabaza lleno de agujeros, ni siquiera en la imagen que nos hacemos de la infancia, de la timidez y la torpeza infantiles. Y si fue pueril, lo fue so-

bre todo por su forma de sacar del bolsillo de la parka el abultado sobre amarillo y de quitar la goma roja para depositar en el mostrador un grueso fajo de billetes de doscientos francos.

El joyero y su mujer hablarían de aquello a los gendarmes: los billetes encima del mostrador, y la voz de Fuego de Leña:

Ahí tienen, es para un broche.

Marido y mujer debieron de mirarse y de repartirse las tareas sin decir nada, él sacando los tesoros de sus cajas, enseñando bandejas de terciopelo negro o azul sobre las que brillaban las joyas más hermosas, mire, aquí hay de todo, y su mujer apresurándose a introducir un billete en una de esas máquinas que comprueban si es una falsificación o dinero de verdad (todo aquel dinero que había dejado en el mostrador, con desdén, sin prestarle atención, él, un pobre diablo, un vagabundo), incluso, tal vez incrédula, frotándolo, palpándolo, comprobándolo por última vez delante de una lámpara eléctrica, mirándolo al trasluz, antes de dirigir una mirada a su marido, ningún problema, es bueno. Puede que también el señor Buchet concibiera alguna duda sobre Fuego de Leña cuando vio que éste titubeaba demasiado ante dos broches y dejaba definitivamente el escarabajo de oro, con gran desesperación de la señora Buchet, que sabía que la hediondez de aquellos hombres se pega como la que desprende el pelaje de los perros cuando llueve; debió de maldecir el escarabajo de oro y a su marido, por alentar la vacilación en vez de incitarle a abreviarla, sí, a que se decidiera, a que pagara y se largase, con su broche y con lo que quedara del gordo fajo de billetes, pero sobre todo con su mugre y su pestazo, aquel hedor que seguramente tardaría semanas en desaparecer del todo.